

CARLOS RIBERA

CARLOS RIBERA

EXPOSICION ANTOLOGICA

Mayo 1976

SALA DE
CULTURA DE LA



Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián

Depósito Legal S. S. 262/76

(C) Caja de Ahorros Municipal

Impreso en Imp. V. Echeverría / Víctor Pradera, 47 / San Sebastián

Reproducciones fotográficas de Víctor Charola

NOTA BIOGRAFICA

Carlos Ribera Sanchís nace en 1906, en Alcira (Valencia), hijo de un médico rural pionero de la vacuna, de la fotografía y del cine.

En 1914 su familia se traslada a Madrid, donde su padre va a convertirse en uno de los primeros odontólogos de España.

En 1920 asiste casualmente a la corrida donde muere el famoso Joselito. Realiza unos dibujos de las secuencias de la cogida del diestro, que son los únicos documentos gráficos de la jornada. Al día siguiente se publican en todos los periódicos de Madrid. Tiene 13 años.

Su vocación artística está clara. Sin embargo la cordura se impone. Realizará los estudios de medicina en la facultad de San Carlos de Madrid, simultaneándolos con los estudios artísticos en la escuela de bellas artes de San Fernando.

Durante este período dibuja, copia, pinta incansablemente. Conoce el variopinto mundo de la escuela de bellas artes donde se enfrentan la academia con el anhelo renovador de sus compañeros, entre ellos el ya excéntrico y original Salvador Dalí.

En 1928 termina ambas carreras. La de Medicina con un buen expediente. La de Bellas Artes con un premio extraordinario concedido por la Real Academia por concurso entre los alumnos. El importe del premio también es extraordinario: 500 pesetas.

A principios de 1930 se traslada a San Sebastián. El Madrid de la gran depresión no es el marco adecuado.

Comienza entonces un período de gran actividad artística. Dibuja, pinta, expone, habla y discute con entusiasmo. Prueba el cubismo, el surrealismo, el naturalismo, el impresionismo. Conoce a Arteta, Zuloaga, Ortega y Gasset, Picasso, Einstein... Viaja, se interesa por todo, participa en todo.

En 1934, junto a Tellaeché, Landi, Olasagasti, Juan Cabanas, etc., funda la inolvidable sociedad «GU», condensación donostiarra de las inquietudes estéticas y artísticas. Hasta 1936 participa activamente en la trepidante vida de la sociedad.

Llega la guerra. Contrae matrimonio en 1937 con Juanita Azcárate. Llegan las obligaciones familiares. La inmediata postguerra no ofrece el clima adecuado para la actividad artística. Se inicia en el paisaje vasco, que terminará cautivándole.

En 1942 empieza a ejercer de forma regular la crítica de arte en «La Voz de España». Así continuará hasta 1956. Junto con un grupo de donostiarras resucita el Círculo Cultural y Ateneo Guipuzcoano y la Asociación Artística de Guipúzcoa. Durante este largo período participa en toda actividad artística y cultural que se origine en la ciudad, orienta a jóvenes valores, organiza exposiciones, concursos, etc.

Sigue pintando, pero su actividad crítica le retrae de la expositora. Aun así participa en las distintas Exposiciones de Artistas Guipuzcoanos, así como en la Bienal Hispano-Americana de Arte (Madrid 1951), consiguiendo premios y menciones honoríficas.

Tanta actividad le lleva en 1956 al Ayuntamiento donostiarra. Como concejal y teniente de alcalde continúa su labor con las Salas Municipales de Arte, que reorganiza y prestigia. Expone en Pau en 1960, como contribución al intercambio cultural con la ciudad bearnesa.

Continúa con sus colaboraciones en «La Voz de España», ya en forma de artículos no sólo puramente pictóricos, sino humanísticos, culturales y hasta levemente irónicos. Da conferencias, preside jurados, prologa catálogos, escribe glosas, publica un libro; participa en toda la vida artística y cultural de Guipúzcoa. Mientras tanto, sigue pintando. Principalmente, aunque no únicamente, su amado paisaje vasco.

Fallece casi repentinamente el 18 de Enero de 1976, en plena actividad. Días antes había pronunciado una conferencia en la inauguración de la exposición homenaje a Jesús Olasagasti, su amigo entrañable.

Hombre honrado, desinteresado, amigo de todos, padre ejemplar; descanse en paz.

CARLOS RIBERA AZCARATE



EVOCACION



Cuando vemos cómo se degrada el ambiente que nos rodea, que va dejando de ser humano por consideraciones ajenas a toda estimativa humanista, hemos de recordar a quienes han visto o todavía ven en lo intelectual el mejor asidero para la conservación del individuo inalienable y responsable.

Ser humanista es ser hombre de cultura a salvo de toda servidumbre.

Y Carlos Ribera fue precisamente eso: hombre de hondas inquietudes intelectuales. Vinculado al círculo de la «Revista de Occidente», siempre se movió en ese mundo de la independencia del espíritu, de la consideración de los valores puros éticos, estéticos y filosóficos, que pudieron disfrutar los hombres de su generación; más bien los intelectuales de su generación, y que tan beneficioso hubiera sido, si la intemperancia y la ira no hubiesen intentado sumir a nuestro mundo en la oscuridad.

Cualquier conversación con Carlos Ribera era una especie de enriquecimiento propio. Amplias y reposadas lecturas le permitían dominar los temas desde una perspectiva superior. En los simples artículos periodísticos, a los que le llevaba su condición de artista plástico, aparecía algo más que una crítica de arte. Siempre se transparentaba en ellos una postura ante la vida, un enjuiciamiento de los hechos, que es ese algo especial surgido de lo que se ha llamado formación humanística.

El espíritu del Renacimiento es ese, y no está vinculado a una época, sino a una manera de ser y de comportarse que, con no demasiada razón, hacemos arrancar de un momento histórico, porque en él cristalizaron de un modo especial.

Recuerdo haber posado ante Carlos para un retrato. Aquellas escasas sesiones hacían ver el inmenso caudal de ideas que se habían ido sedimentando en su espíritu.

Nunca olvidaremos tampoco aquella tertulia del Ateneo Guipuzcoano de los años cincuenta, de abigarrada asistencia. Veíamos en él al «presidente», como cariñosamente le llamábamos. Era un reconocimiento tácito de sus valores humanos y humanísticos.



Al regreso de sus viajes, siempre estábamos a la espera de noticias, que iban avaladas por un enjuiciamiento sólo posible a través de su amplia cultura.

Tuvo buenos amigos porque los mereció, y el trato con ellos nos hizo ver aún mejor su propio valor.

Hemos aludido a los artículos aparecidos en «La Voz de España», tan esperados siempre. No era sólo el arte su tema, a pesar de su profundo conocimiento de la historia de éste y de sus épocas en amplio abanico. Eran aquellos otros en los que se inventaba un interlocutor para verter sus propias experiencias. O aquellas conferencias (la última bien pocos días antes de su desaparición), donde aprendimos lo que no nos decían los libros sobre nuestros artistas más significativos.

Sin preferencia por escuelas, buscaba el valor donde estaba. No tenía *parti pris*. Si alguna vez parecía remontarse a otra época, era porque se movía en una esfera intemporal de valores con vigencia, que diría Ortega.

Buen conversador, porque su temática era inagotable. Ha pertenecido a una era que el mundo de la utilidad y del egoísmo intenta arrebatararnos con su ligero barniz enciclopédico por cuadernillos.

Esperemos que no tarde en producirse la reacción contraria y que a las generaciones que nos sigan les sea dado encontrar otra vez el reposo en la lectura y en el enriquecimiento intelectual que hagan del hombre-masa un individuo responsable y consciente, capaz de conversar y encontrar placer en la vida del espíritu y en el intercambio de ideas; mundo que hemos visto siempre en ese buen amigo que fue Carlos Ribera, cuyo recuerdo será difícil que se borre entre nosotros, precisamente por lo que tiene, además, de representativo.

MANUEL AGUD



Al evocar a Carlos Ribera, uno se da cuenta de cómo la muerte es dispensadora de memoria en ocasiones. Carlos Ribera estaba aquí, en la ciudad, entre nosotros, «y los suyos no le conocimos». Fue un hombre que se nos perdió como el agua entre los dedos, ahilándonos hacia los pozos del olvido, pero quizás los que pudimos conversar con él en más de una ocasión, acercarnos a sus vivencias y a sus magisterios, supimos de qué entrañada manera había vivido el Arte.

Era presencia que vinculaba, la suya. Puente, vaso comunicante de un arte vivo y ciudadano que floreció en San Sebastián, quizá con Olasagasti como figura indiscutible. Y el Grupo «Gu» como aglutinador de los diversos canales de la cultura de manera como posiblemente no se ha vuelto a producir entre nosotros.

La presencia mínima de Carlos Ribera, entre nosotros, se producía desde la atalaya de sus trabajos críticos, en los que, esporádicamente, se ocupaba. Con mayor asiduidad hace unos veinte años, en que su firma se dignaba aparecer en la prensa diaria, poco a poco fue marginándose también de esta actividad. Según confesión propia, ello se debía, sobre todo, a las demoras que, una vez entregados para su publicación, sufrían sus trabajos.

Pero en Carlos Ribera, tanto como su labor crítica destacaba su actividad pictórica, aunque ésta fuese totalmente desconocida para todos aquellos que no tuviesen con él una relación amistosa. Por ello, una exposición de sus obras podría suponer como el descubrimiento de un pintor nuestro «post mortem».

SANTIAGO AIZARNA



Conocí a Carlos Ribera hace algunos años, con motivo de la reunión anual que la dirección de «La Voz de España» convoca para despedir el fin de año a sus periodistas y colaboradores. Carlos Ribera había dejado ya hacía tiempo el tema de la crítica de Arte, pero seguía enviando artículos con cierta periodicidad. Tuvimos ocasión de charlar ampliamente sobre temas que nos interesaban por nuestra propia condición. Posteriormente tuve ocasión de nuevos encuentros. Creo que coincidimos en muchas cosas que ocurren al arte en la actualidad; pertenecíamos a diferentes generaciones, pero ello no era óbice para coordinar nuestros puntos de vista en muchos aspectos.

Carlos Ribera, en su doble proyección de pintor y crítico de Arte, vivió en una época difícil. Y hay que considerarla difícil porque concurrieron una serie de circunstancias en todo los órdenes, que el Arte, como reflejo y testimonio de su época, las puso de relieve en toda su intensidad, lo cual produjo confusiónismo, desorientación y desconfianza. A todo ello hay que añadir que en nuestra ciudad el clima artístico no era muy propicio en ningún sentido, salvo unas pocas manifestaciones pictóricas que rompían la atonía general. Por otra parte, las nuevas corrientes estéticas y filosóficas importadas de la Europa de la postguerra, incidían en el clima artístico con tal fuerza que se radicalizaron las posturas antagónicas, creando una situación peyorativa para los que no se integraron en el vendaval de las nuevas tendencias.

Carlos Ribera tuvo la inteligencia de capear con acierto en este mar de confluencias dispares, sabiendo mantener en todo momento y circunstancias la ecuanimidad y recto juicio para su labor crítica.

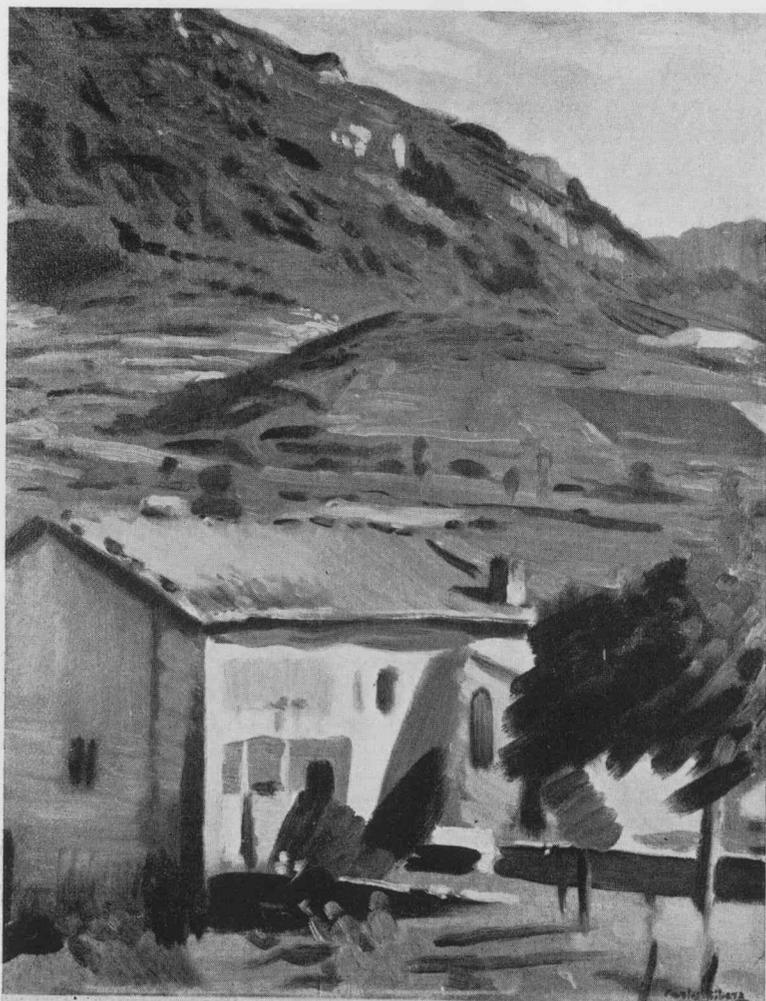
Durante casi cuarenta años se ocupó de analizar las manifestaciones artísticas en San Sebastián, habiendo realizado una importante obra periodística que hará necesario, a quien se dedique a investigar sobre el Arte en nuestra ciudad, en esos lustros de la postguerra, tenga que recurrir al testimonio que nos dejó el veterano crítico.

Su faceta de pintor la cubrió también con sinceridad y fue un valioso puntal que le otorgó los conocimientos fundamentales para desarrollar acertadamente su labor crítica.

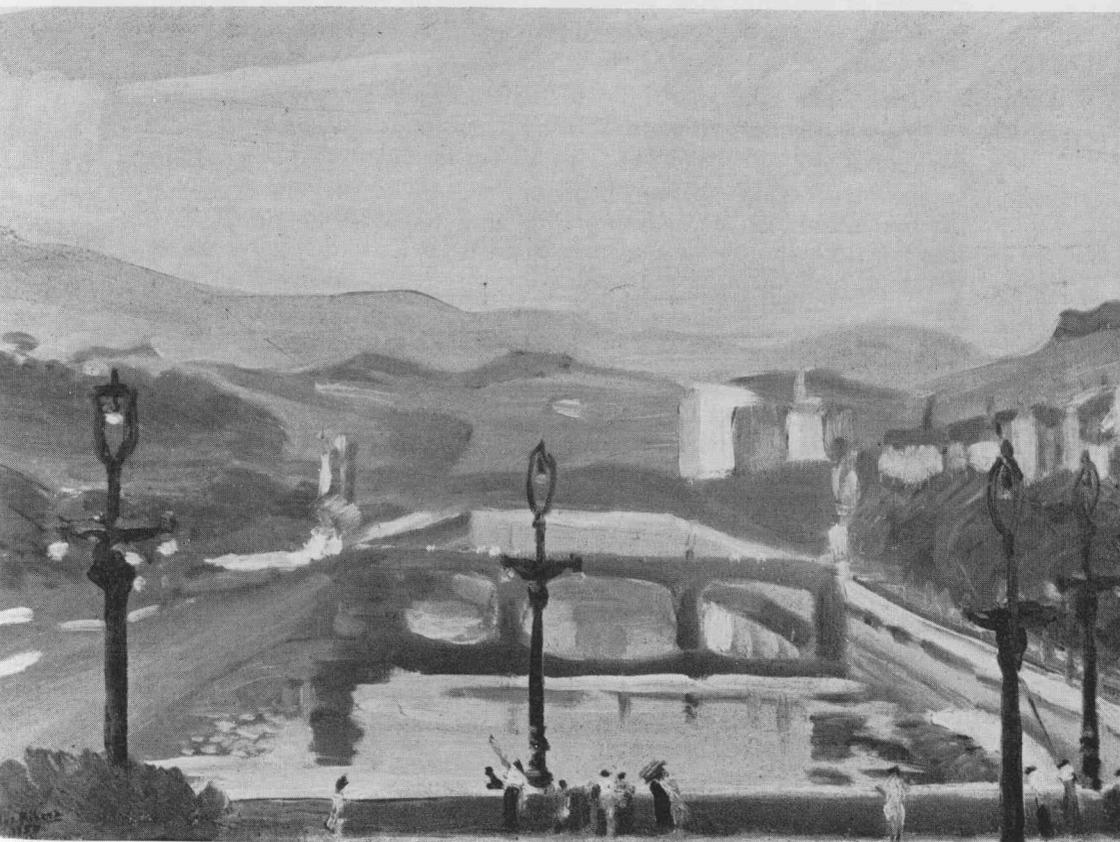
J. M. ALVAREZ EMPARANZA



by Alvaro



J. R. LEVAPPEZ ENMANUEL



*

El nombre de Carlos Ribera y su firma, son harto conocidos de los lectores de este periódico, donde con evidente acierto desempeña la crítica de arte.

Pero ahora, ese nombre, esa firma, nos salta desde las páginas exquisitamente impresas de un curioso libro traducido y publicado por don Manuel Conde López, editor y bibliófilo, que además se nos revela como un traductor excelente. El libro es una pequeña joya, es, «UNA DESCRIPCION DE SAN SEBASTIAN publicada en Londres en 1700».

Mas volviendo a Carlos Ribera, aquí se nos presenta como ilustrador.

Todo el mundo sabe que Carlos Ribera es un pintor perfectamente dotado, cuya personalidad y originalidad le han ganado numerosos admiradores.

Su otra faceta, su otro aspecto es el de crítico; la precisión de sus juicios, su conocimiento de una técnica que domina, le han hecho valer entre los más sagaces orientadores del gusto de la pintura en la actualidad.

Pero, por lo visto aún le quedaba un registro por tocar, algo que emprender y eso era la ilustración.

Así, acompañadas de dos aguafuertes de Lambert, aparecen cerca de cincuenta y tantas ilustraciones de Ribera. ¡Cuánta gracia, cuánta finura, cuánta exactitud y a veces cuánto fino humor hay en todos esos trazos, en todas esas escenas que animan las bien impresas páginas!

JUAN BALSAIN

(«La Voz de España», 23-9-43)



Conocí a Carlos Ribera en su consultorio de la calle Miracruz, frente a la del P. Larroca, allá por el año 1931 en que yo vine a vivir a San Sebastián. Acababa de establecerse en la ciudad y junto al gabinete odontológico tenía su estudio de pintor, puesto que —artista por naturaleza— había simultaneado los estudios de Medicina con los de Bellas Artes. Me lo presentó mi padre, gran aficionado a la pintura y discreto «peintre de dimanche» que, como cliente de su clínica, trataba a Carlos-odontólogo y a Carlos-pintor. Así nació una amistad que, prolongada a lo largo de más de cuarenta años, rompió la muerte hace unos meses... He podido pues conocer y gustar de cerca los grandes valores morales del amigo desaparecido: como pintor, como crítico de arte y, especialmente, como hombre de bien.

Carlos llegó a la pintura cuando todavía flotaban en el ambiente artístico nacional los ecos del postcubismo picassiano. Algunos de sus primeros cuadros estaban inspirados en motivos y formas tratados por el maestro malagueño. Pronto se liberó de aquella servidumbre y tras algún intento con buenos logros, de llevar al lienzo temas medievales e italianizantes, orientó su pintura por el cauce paisajístico con un muy personal cromatismo en el que se fundían vivencias levantinas e impresiones guipuzcoanas, nos dejó la crónica de sus jornadas de descanso en la villa navarra de Alsasua.

Carlos, desde sus primeros años donostiarra, se integró en el ambiente artístico de la ciudad. De ello nos hablarían su amistad con Olasagasti, con Tellaeché, con Cabanas, con Martiarena, con Lagarde, con Garrido... aquella tertulia diaria en el Café Madrid... aquella fiesta del Gran Casino... aquella barraca de Amara... Y después de la guerra, la fundación de la Asociación Artística Guipuzcoana, y su labor crítica en las páginas de «La Voz de España» que luego fue espaciando en artículos plenos de conocimiento del Arte, magistrales por su propia y rica experiencia, humanos por el saber que la vida y los años pusieron en su pluma.

Carlos, cuando fue requerido para servir a San Sebastián, ocupó un escaño edilicio llevando a él la ponderación de sus juicios, la rectitud de su conciencia, la caballerosidad de su trato... Todas aquellas virtudes que, a lo largo de la vida, se

reflejaron en sus actos teniendo el común denominador de la honradez, de la honestidad.

Y Carlos Ribera, que creó belleza y repartió bondad, se nos fue de este mundo a los pocos días —casi a las pocas horas— de haber ofrecido un tributo a la amistad: el homenaje a la memoria de Jesús Olasagasti, pintor como él y como él hombre de bien.

JOSE BERRUEZO





Allá, por «los felices veinte», recién terminados sus estudios odontológicos, a la sombra de Florestán Aguilar y los de Bellas Artes, en la Escuela de San Fernando madrileña, comenzó a hacerse familiar entre nosotros la figura rechoncha y escrutadora —que unos quevedos de gruesa concha le caracterizarían de por vida— de Carlos Ribera.

Pronto —en lo que al arte y sus aledaños atañe— se hizo amigo de los pocos donostiarras a los que, especialmente, la pintura interesaba. Y surgió, como obra de ellos, el juvenil y bullanguero falansterio de «Gu», entre cuyos componentes se distinguieron Lagarde, Olasagasti, Aizpurua, Landi... y tantos otros.

Unos —como es lógico— más dados a la chispeante especulación verbal, en figones con carácter y buena mesa, que al ejercicio de la pintura; otros, sin renegar del ámbito camaraderil —más «xomorros», tal vez— se dedicaron a fondo al cultivo de sus ilusiones artísticas. No fue Carlos Ribera de éstos por especiosas razones: la apremiante exigencia del deber ineludible de su gabinete odontológico, al que se veía atado, como un galeote.

Horas nocturnas —cuando no es posible pintar— para vivir en lo que cabe, la bohemia juvenil, con pretensiones de extender sobre una ciudad apática como la nuestra un clima, siquiera fuese pálido remedo, de los que cuenta Henri Murger en su famoso libro, sí. Horas para el arte... los domingos y en vacaciones.

De aquí que Carlos Ribera no diera de sí para la pintura todo cuanto pudo dar; pero cuanto creó posee el signo de ilusión primaveral que se cifra en sus estudios y apuntes de paisajes, que acusan la fuerte impronta de una aguda sensibilidad en el supremo momento creacional, aromado, además, por el suspiro de liberación, que para él implicaba el hecho de pintar. De aquí, también, su dedicación —más factible— a la crítica artística, durante un largo tercio de siglo.

¿Fue Ortega el que dijo lo de «el hombre y su circunstancia»? A Carlos Ribera, pintor, le ahogó en cierto modo la circunstancia —las circunstancias, mejor— que le tocaron vivir. Supo paliarlas, en parte, abriendo los ojos de no pocos artistas en flor con sus escritos, hacia elevadas metas del arte.

V. COBREROS URANGA





Aquellos años de San Sebastián no se olvidarán de mi memoria. El año 1939 había terminado la más cruel de las guerras civiles. Los que la pasamos en Madrid despertamos de una pesadilla. Mi primera salida de la ciudad sitiada fue a San Sebastián, una ciudad para mí familiar desde mi infancia, por ser la de mis ascendentes maternos.

Asocio por tanto San Sebastián a la esperanza de una vuelta a la vida, renovando alegrías y dulzuras.

Recuperado el mundo suave y halagüeño, sin hostilidades y violencias, volví a San Sebastián casi todos los veranos para pasar temporadas más o menos largas. Eran años duros y difíciles, de escaseces y crueles represiones, pero San Sebastián era como un oasis donde florecía la amistad. Existían tinieblas y el País Vasco sufría, pero algunos recuperábamos en la villa del Cantábrico el sabor de la vida. Una de las primeras personas con que me relacioné —no sé exactamente de qué manera— fue con Alfonso Buñuel. Alfonso era todo un mundo, el que arrastraba su apellido y el que emanaba de su personalidad, atrayente como pocas.

Alfonso, sin quererlo y sin saberlo, era como el jefe de una de aquellas tertulias de otros tiempos que gobernaban figuras ilustres de nuestras letras o nuestra política. Buñuel era el mantenedor de una tertulia de gente joven, como Juan Pérez Páramo, José María Ubago, Paulino Garagorri, Víctor Fairen y tantos otros. A Carlos Ribera lo conocí entonces. No era un estudiante o un diplomado reciente como éramos nosotros sino alguien, que, pasada esta etapa todavía fluida, ejercía una profesión y llevaba una vida de trabajo y responsabilidad; lo mirábamos con cariño y con respeto como a un hermano mayor.

Pasado un cierto tiempo supe que Carlos Ribera era valenciano y dentista. Su ficha personal no podía ser más contradictoria. Para mí Carlos era un donostiarra cumplido, un pintor y un fino escritor y crítico de arte.

Con Carlos Ribera era una delicia conversar por la profundidad de su diversa cultura, por su sensibilidad para todo lo que con el arte se relacionara y por un deje de irónica melancolía que trascendía de sus palabras. Otro inolvidable contertulio era Jesús Olasagasti, que en plena juventud ya había al-

canzado un alto prestigio como pintor. Olasagasti escuchaba y respetaba mucho las opiniones de Carlos Ribera, su experiencia no sólo de artista sino de crítico y de «connaissanceur». Ribera había estudiado en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, había coincidido con Dalí en sus años de estudiante, había viajado, conocía bien los medios artísticos de París y tuvo algunos contactos muy cordiales con Picasso. Coincidió con Olasagasti en muchas cosas aunque sus temperamentos eran muy distintos.

Al final una triste circunstancia les unió. En la misma casa de la Alameda de Colón, 3, donde vía Carlos, murió Jesús Olasagasti, si no recuerdo mal en casa de su suegra, tras una penosa enfermedad llevada con un estoicismo espartano.

Aquellas alegres tertulias donostiarras fueron disolviéndose; hombres como Emilio García Gómez, Federico Sopeña, Miguel Pérez Ferrero dejaron de acudir a las jornadas veraniegas. A unos las obligaciones de la vida les fueron atando, a otros el cambio de estado les sustrajo de aquellos amables pasatiempos, otros inesperadamente murieron en plena juventud, como Buñuel, Olasagasti y también más tarde Carlos Ribera. Todo aquello pasó, pero dejó detrás de sí una estela que todavía perdura en el firmamento de la memoria de otros muchos que quedamos y que mantenemos una amistad, cuya firmeza se debe posiblemente a la tierra propicia donde nació y produjo los primeros brotes.

FERNANDO CHUECA GOITIA

Madrid, 6 de Mayo de 1976.



UNA LARGA AMISTAD



Con profunda tristeza por el motivo que lo ocasiona, pero complacido por la ocasión que se me brinda, quiero aportar mi testimonio de estimación a la persona de Carlos Ribera en el homenaje que la gente de San Sebastián debe rendirle. Aunque él fuese donostiarra de adopción y yo de nacimiento, nuestra larga amistad —durante cuarenta años— ha transcurrido cuando él se había asentado en la ciudad y yo vivido fuera de ella. Además de un amigo querido he perdido mi corresponsal en ella. Tras una estrecha convivencia, iniciada en los tiempos de «Gu» —Angel, 13—, sus apariciones invariables en el Noviembre madrileño o las mías ya desusadas en el Septiembre easonense, prolongaban una conversación interminable que continuaba ininterrumpida en sus cartas y en el envío de sus artículos. Otros dirán de sus calidades pictóricas —de las que tengo una muestra ante mí cuando escribo: un luminoso paisaje de la sierra de Aralar desde Alsasua—, otros comentarán su labor de publicista y crítico de arte, que le habían llevado a ser una pieza de la *inteligencia* donostiarra, yo quiero evocarle en una virtud que sólo queda en el recuerdo: su talento conversador. Cumplía todos los infrecuentes requisitos que se requieren: saber escuchar, tener cosas que decir, y practicar la tolerancia y el humor. Nada menos.

PAULINO GARAGORRI

*

«El tiempo, señores, es algo muy enigmático, el tiempo pasa, se cuela entre nosotros y nuestras preocupaciones.»

Comienzo con las mismas palabras que iniciaran la Lección de D. Carlos Ribera, inserta en el libro que, con motivo de las Conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la Ciudad (1963), editó la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, reuniendo en él las Conferencias pronunciadas, en tal ocasión, por nombres locales de las Artes y las Letras.

Ha pasado el tiempo para Carlos Ribera, pero para quienes le conocimos, y queremos hoy seguir sus pasos en el complejo mundo de la crítica, está presente como maestro indiscutible y primera pluma que desmigaja y analiza el Arte.

Difícil es hablar, sobre todo hacerlo sin pasión, de quien supo guiar a muchos y formar parte esencial, al mismo tiempo, de la historia de la pintura vasca.

En la magnífica Lección aludida anteriormente, Carlos Ribera se adelantó con clara visión a lo que hoy constituye el arte de un pueblo. Supo ver y destacar en sus trabajos, entre otros, a D. Ascensio Martiarena, opinando así de sus paisajes: «Modelo de sinceridad y acierto local, vibrantes de luz y de ricas tonalidades, efecto triunfante del combativo impresionismo.»

Compañero y amigo en las actividades del grupo artístico de la Sociedad «GU», que estaba formado, entre otros, por Julián de Tellaeché, Eduardo Lagarde, Juan Cabanas, Ascensio Martiarena, Carlos Landi, Antonio Valverde, Jesús Olasagasti..., D. Carlos Ribera habló y escribió mucho, y a conciencia, de todos los pintores de su tiempo. Uno de sus testimonios fundamentales fue el referido a la obra de Jesús Olasagasti, «capitán reconocido y el que imprimió su sello personal en las actuaciones del grupo artístico "Gu"», según sus propias palabras.

El último trabajo que realizó fue también sobre Olasagasti, disertando sobre el pintor y amigo, con motivo de una exposición antológica celebrada días antes de que el tiempo del excepcional crítico pasara definitivamente (... «El tiempo pasa, se cuela entre nosotros...»).

La vida de Carlos Ribera y su quehacer artístico están unidos a San Sebastián en toda su extensión. La generación de artistas que él tocó fundamentalmente, fue definida por Ribera como «El propósito, admirablemente logrado, de crear un núcleo utilizando un molde social de auténtica y espontánea raigambre popular, injertando una finalidad cultural en la cepa más típicamente donostiarra.»

En su constante y concienzudo trabajo, Carlos Ribera no dejó nada sin hacer; las nuevas tendencias que iban surgiendo a su vista, eran igualmente analizadas desde un punto de vista plagado de auténtico conocimiento. Todo artista halló en él la ayuda y el consejo precisos, sobre todo en los difíciles momentos que constituye todo comienzo.

La divulgación artística llevada a cabo por D. Carlos Ribera, así como su trabajo por el Arte en nuestra ciudad, bien le hacen merecedor de este Homenaje e incluso merecedor de que su nombre pase a identificar alguna de nuestras calles.

Este Homenaje de la Caja de Ahorros Municipal es, así lo deseamos, el principio del reconocimiento a la labor realizada por Carlos Ribera en pro de nuestro arte y de nuestra cultura.

JUAN ANTONIO GARCIA MARCOS



*

En el Yacaré inauguró anteayer una exposición de sus obras el pintor Carlos Ribera, vecindado desde hace dos años en Donostia.

En el primer momento de su obra, Carlos Ribera ha seguido un rumbo estético, joven, de preocupaciones fundamentales de color, de dibujo, de técnica de oficio en una palabra.

En el segundo momento desde 1930, le inquieta por lo que se ve, ir sutilizando su arte, sometido a influencias primitivistas, adictos en fin, a una boga muy del segundo cuarto del novecientos.

En los dos ciclos se advierte la presencia de un pintor considerable.

Carlos Ribera sabe lo que es la Pintura, y saber lo que es la Pintura, según Gutiérrez Solana, es saber casi todo lo que es posible en arte.

Sin duda, para muchos, la Pintura de este artista será una revelación.

Sus bodegones del primer ciclo, sus ilustraciones y otros cuadros del segundo momento de su arte —«Equilibrios número uno y dos», «Paisaje de San Sebastián», «Ninfa viva y ninfa muerta»— le adjudican una solvencia notable.

Con motivo de la exposición de Carlos Ribera y refiriéndose a ella, han editado un reducido aunque interesante trabajo de José Manuel Melgarejo, que con admirable precisión y justeza, queda resuelta en él, la personalidad artística de Carlos Ribera y su obra.

Su lectura podría constituir muy bien una lección preliminar de arte ilustrada con los cuadros de Carlos Ribera.

GIL-BARÉ

(«La Voz de Guipúzcoa», 3-9-32)

*

Hay pocas personas que saben transmitir lo que saben y lo que sienten, contagiar, enseñar a caminar y a descubrir nuevas sensibilidades que tenemos dentro y sólo esperan que nuestra conciencia las vea y las ponga en marcha.

Carlos Ribera, era uno de estos hombres. No estaba satisfecho con pintar en su estudio, después de su trabajo profesional. Necesitaba saltar a las columnas de un periódico para encender vocaciones, crear criterios, estimular al arte y a los artistas, y sacar de las sombras valores nuevos.

Comentando con él, sobre el Club de Arte Catalina de Erauso, pocos días antes de dejarnos, Carlos Ribera nos decía el interés y la capacidad que hay en el hombre que no está canalizada por falta de medios.

Y recordábamos, cómo él, en el año 1942, había comenzado en las columnas de «La Voz de España», su crítica de Arte. Tomó la palabra y la pluma al servicio de las artes y de los artistas, unos días antes de inaugurarse la Bienal de Artistas Guipuzcoanos, y de fallecer Vicente Gaytán de Ayala, amante de las artes, crítico y pintor. De sus manos tomó la antorcha para iluminar los inciertos caminos, con voz segura y rotunda.

Pero su obra pedagógica iba más lejos. Organizó concursos de Flores y Bodegones, con gran éxito. Los Certámenes de Navidad con «La Voz de España» y Aranaz Darrás, desde el año 1950.

A Carlos Ribera le debemos que con el motivo del Certamen de Navidad, se reorganizasen en el Museo de San Telmo, salas nuevas para los artistas locales.

En su crónica de «La Voz» del día 27 de diciembre de 1952, dice:

«Cuadros nuevos en San Telmo gracias al Certamen de Navidad. Más de una vez hemos señalado el abandono del Municipio a la sección de pintores contemporáneos. Con el Certamen, los cuadros premiados, salen directamente a San Telmo. Ello ha motivado una nueva disposición de las Salas. Se han hecho desaparecer colecciones no pictóricas, y los cuadros premiados se encuentran dignamente colgados

junto a nombres gloriosos de Arteta y Zubiaurre. Estos cuadros son "La Bretona" de Martiarena, "La Boda" de Ricardo Baroja, y este año obras de Menchu Gal, Montes Iturrioz y Sarriegui.»

Deseamos que este sencillo y merecido homenaje que hace la Caja de Ahorros Municipal (tan inquieta por la cultura y por el arte) a un hombre que supo llenar su vida con la práctica del arte y la labor pedagógica, no quede en una Exposición de recuerdo. La mejor manera de mantener vivo entre nosotros a Carlos Ribera, es continuar su obra.

LUZ MIRANDA

*

Querido amigo Carlos:

Te escribo unas líneas, pocas, porque aunque no muy bueno, soy más dibujante que conversador. Y lo mío es tirar de pluma, pincel o lo que se tercié. Puede que haya en la cuartilla alguna mancha; será de mis dedos, no muy limpios por el trabajo, o será de alguna lagrimilla traidora que se me viene con el recuerdo.

Porque si algo tengo tuyo, son recuerdos. Desde niño, me escuchaste y me enseñaste cosas artísticas, con tu lenguaje pulcro, comedido y lleno de solapado humor. Me enseñaste lo que es tener una doble vida: la cotidiana, y otra sabia, fina, culta y oculta a la vez, por un pudor que te obligaba a no abrirte a tu mundo diario. Por ti conocí a la gente que me enseñó de Arte, gente que te estimaba de una manera total, a pesar de la lejanía: Arias, Rafael Zabaleta, Eduardo Vicente, Chueca, Garagorri y Buñuel. Por ti, alquilé su estudio. Con la fantástica biblioteca dedicada al surrealismo. Por la noche, desde mi cama, veía un maravilloso Miró, leía «Le Minotaure» y «Les Cahiers d'aujourd'hui» de los años 20. Malevicht, etc...

Frente a todo esto, tu discreto silencio del día, tus observaciones sobre la inefable vida del Círculo Cultural y otras entidades de postguerra... ¿recuerdas el brillo del sol cómo resbalaba por el terciopelo marrón ajado de los sillones tamizados con las esquiras brillantes de la caspa octogenaria de tanto viejo leyendo la revista «Primer Plano», con el sello de «Círculo Cultural» puesto en el escote de las starlettes por la enérgica mano del responsable de la biblioteca? Eran tiempos duros, de censura a lo bestia. ¡Cuántas bromas con el inolvidable Jesús Olasagasti, bromas en voz baja, sobre esto y aquello! ¿Y cuando te hicieron concejal, y les hacías dibujos...?

Solíamos pasear por las noches veraniegas seleccionando cuidadosamente los objetos más feos de San Sebastián; las sombras de Marx Ernst, Marcel Duchamps y Francis Picabia nos acompañaban. Tras largas discusiones ante establecimientos, dábamos el veredicto, y tú los adquirías o yo u otros te regalábamos dichos objetos; con ellos, amorosamente, componías un bodegón test. «Si de cada diez personas, siete no se ponen enfermas al verlo, es que he fracasado». Carlos, ¡intuías el arte provó! Lo que querías, dentro de tu digna timidez, era revolver esa socie-

dad que convivías, y que ignoraba a Proust, Goethe, Ortega y los mil libros leídos, los mil cuadros amados...

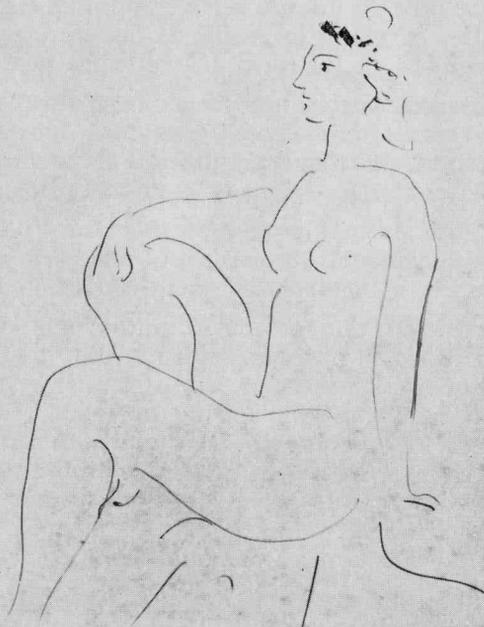
Carlos, eres un producto de la Institución libre de Enseñanza, amigo de García Lorca, Picasso, Dalí, Alberto, Ferrant y Palencia y... tantos otros. Un hombre de arriba abajo, que soportó enfermedades con la dignidad que pone a prueba al valiente, y te nos fuiste con la discreción y la sencillez que dan muestra los hombres discretos.

Adiós, Carlos; los días pasan rápidos y quizás pronto nos veamos, y volveremos a charlar, y seguro que en el otro barrio no nos faltarán los temas: que si San Pedro se tapa la calva con el pelo de los aladares, que si la corona de San José parece un recorte de bandeja de pastelería, que si San Sebastián lleva Meyba debajo de su tela recogida... todo ello dicho con ese humor sano y socarrón tuyo... que hará reír a los angelitos de Dios. Y después nos iremos a pintar unos efectos de sol.

Un abrazo fuerte de tu amigo,

RAFAEL MUNOA

para Carlos Ribera



9.
Miguel

PARIS

Jillet

M.CM.XXXII.

VISITA A PICASSO

—¡Carlos! ¡Sube, que estoy aquí con Picasso!

Yo estaba al pie de la escalera de la casa de Picasso, al lado del portero vigilante, cuando oí las voces desahoradas que daba desde arriba mi amigo Ramón Gabarain. Excusado es decir que inmediatamente trepé hasta el tercer piso, donde encontré en el rellano en amigable charla a mi compañero y al genio revolucionario de la pintura moderna, el cual estaba sencillamente en mangas de camisa.

Estamos en el año 1932. Picasso es más bien de corta estatura, de complejión recia, con un aire de picador veterano; su pelo corto y blanco hacía resaltar lo más original de su fisonomía, los ojos, la mirada seria, profunda, firme e interrogante; su sencillez cortés es la propia de las grandes almas, en las que la mezquindad de los convencionalismos no tiene cabida.

Se interesa por lo que hacemos. Nosotros, un poco ruborizados, le explicamos atropelladamente nuestras ideas estéticas. Nos escucha con atención y dice:

—Debían ustedes venir a París. Aquí hay gente para todo; yo vine aquí sin que nadie me conociera y me ha ido muy bien; aquí me he abierto un camino.

Picasso pide un taxi; nos obliga a subir con él. Llegamos a la exposición, donde todo el mundo nos «hace calle», entramos, sin pagar la entrada por supuesto, detalle muy agradable para nosotros. Recorremos las salas y le rogamos que nos dedique un catálogo; ante nuestro asombro y alegría, además de dedicarnos los ejemplares coge una pluma que hay encima de la mesa y nos traza rápidamente dos dibujos: a Ramón Gabarain una cabeza y a mí un desnudo sentado que es el que pueden ver en la reproducción adjunta. Nos da la mano y se pierde entre la multitud que le mira respetuosamente.

Nosotros nos quedamos encandilados con nuestros catálogos abiertos esperando que la tinta se seque para no malograr los preciados dibujos.

CARLOS RIBERA

(«La Voz de España», 12-3-64)

INTUICION (TECNICA)

La técnica es un sistema propio; apropiado; con el cual, utilizando los conocimientos, experiencias, impresiones y emociones, adquiridos a lo largo de la vida, aspira a conseguir algo que se quiera alcanzar.

Sin una técnica definida, cristalizada, nada se puede conseguir. La técnica es insustituible; entusiasmo, valor, insistencia, etcétera, no son nada sin la técnica.

Inútil es el arrojío, la convicción del derecho y la justicia, la indignación por un hecho tiránico y brutal, sin la serena aplicación de una técnica apropiada en el acto de combatir. Inútil la emoción que llega hasta llenar de lágrimas nuestros ojos ante la belleza de un paisaje, la luz, el rasgo humano de abnegación admirable, la pena dolorosa ante un sufrimiento de un ser indefenso en el mundo del arte, si no contamos con una técnica que dé forma expresiva y comunicativa a esas profundas emociones. Ahora bien, cada paso o cada sector de los conocimientos, pide para alcanzar su contenido, un sistema técnico distinto. No es lo mismo proponerse averiguar cómo es la composición y estructura de un tejido animal o vegetal, que querer penetrar en el meollo del valor y carácter estético de un pintor.

Si queremos averiguar qué es el hecho artístico que llamamos Velázquez, no será un buen camino técnico el empezar a analizar las fibras de sus lienzos, las composiciones químicas de los colores que empleó o los barnices y aceites cuyas huellas contemporáneas y posteriores han ido quedando en la superficie de sus obras. En cambio, llegamos a captar y gustar el «fenómeno» Velázquez, situándonos (con la debida preparación) en su época, momento artístico y momento histórico, comparando con propias experiencias pictóricas, la difícil facilidad del pintor, y sobre todo, mirando durante tiempo y tiempo su obra con la máxima ingenuidad y atención, hasta acercarnos al ánimo y propósitos del artista, hasta acercarnos e identificarnos con él dentro de lo posible. Este hecho, la identificación de nuestro interior con un hecho o un fenómeno existente anteriormente, podemos llamarlo intuición. Es un acto anímico, no enteramente espontáneo, puesto que exige antes de llegar a ese abandono espiritual que llega a identificarse con un hecho, una preparación a veces muy larga y laboriosa y unas facultades de aberración, que difícilmente se alcanzan sin un ejercicio con-

tinuado que podríamos llamar «descubrimiento personal e intransferible». En el acto del abandono espiritual intuitivo, consideramos semi inconsciente, todos los factores, datos, conocimientos, experiencias, adquiridos no sólo con relación al tema propuesto, sino en su totalidad de asimilación en toda la vida, flotando en un trance intelectual en el que simultáneamente tenemos presente una infinidad de factores actuando independientemente sobre nuestro interior para llegar a descubrir con absoluta certeza personal, esos grandes, fundamentales, básicos y eternos problemas del universo, del alma, de la naturaleza, de la vida y la muerte, no en el buen camino.

NATURALEZA

Se suele calificar de naturaleza al conjunto de todo lo existente, pero conviene hacer una distinción fundamental entre lo que vive organizadamente, y la tendencia, fuerza o impulso que dificulta y, en definitiva, impide la persistencia de esa organización. A lo primero lo llamaremos vida, a lo segundo naturaleza. Todo lo que vive está compuesto de átomos organizados. En cambio, la naturaleza no tiene ninguna composición, es simplemente, una fuerza. Así, lo existente, se puede dividir en dos grandes bloques básicos: la vida y la antvida o naturaleza. Lo viviente se expresa por medio de la forma organizada, la naturaleza se manifiesta por lo que llamamos «el azar». El azar —o modo de actuación de la naturaleza— conduce indefectiblemente a la aniquilación de lo viviente. Es la historia de la vida, en última instancia, una lucha eterna contra el implacable azar. No hay que confundir la muerte con la naturaleza; la muerte está dentro de la vida, y la naturaleza lucha con ella igual que contra la vida.....

(Texto inacabado.)

CARLOS RIBERA



LA ESCUELA DE PINTURA

Entrevista con los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando («El Heraldo de Madrid», 20-4-27).

Lo que nos dice Ribera merece capítulo aparte. En sus manifestaciones nos ofrece una idea de lo que podría ser la Escuela que nos parece en extremo interesante. Además nos habla de las circunstancias actuales del arte con una conciencia muy sensata.

Este señor estudia en la Facultad de Medicina y además acude a las clases de pintura. Esto es aparte.

Estamos en el café de Pombo en amigable charla. Las palabras de Ribera son suaves, quedas, razonadas. Nuestro amigo se expresa con claridad. Oigámosle hablar.

«El romanticismo, y luego sobre todo, el impresionismo, destruyeron la tradición del «taller» colectivo, sustituyendo la labor sólida, en bloque, de avance artístico (más o menos mejor orientado), por otra más individual, más independiente y de más lucha, dando al arte al mismo tiempo un carácter relativamente universal.

» Se extinguieron, al parecer para siempre, aquellos grandes talleres en que con carácter muy de oficio manual existían maestros, oficiales, y aprendices. Ahora hay estudios menudos, propicios a la meditación intelectual y muy adecuados a la actual pintura de caballete, que es casi únicamente la que ha persistido.

» Pero hay un terreno, el arte decorativo, el arte industrial y de aplicación, en el cual esa disciplina de taller, si no absolutamente necesaria, por lo menos es muy necesaria, por lo menos es muy conveniente a nuestros artistas principiantes, que la mayor parte de las veces vienen de provincias o pueblos casi aislados y sin la cultura necesaria para elegir, ni orientación ninguna donde buscar.

» Por eso, para mí, la Escuela ideal de Pintura sería: en primer lugar locales, más que amplios, numerosos, y en condiciones modernas de instalación; en segundo lugar, un movimiento cultural grande (conferencias numerosas de distintos temas, cursos, conciertos, etc.), de tal modo que el ambiente fuese de

gran actividad y de conocimientos de todas las inquietudes modernas de los pueblos, y por último, la existencia de un taller de arte aplicado, organizado conscientemente y con amplitud de criterio, donde con disciplina podía conseguirse obras de todas clases.»

LA BARRACA DE «GU»

.....

Pero al lado del aceite de los churros hay este año en la feria el aceite de la barraca de «GU», aceite que sirve para hacer unos retratos, notas de arte depurado, que bastan para salvar la feria por muchos que sean sus pecados. Los artistas de «GU», han tenido el valor de arrostrar el peligro de caer en la chabacanería y salir airosos de la prueba; se han expuesto a las chufas de los fariseos, que sólo ante el éxito claro y limpio obtenido por Jesús Olasagasti, Txiqui, Francisco Garrido, Carlos Ribera y Ascensio Martiarena, han enmudecido primero y se han sumado luego al coro de las alabanzas.

Carlos Ribera es el dibujante concienzudo que ha aprendido mucho y ha aprendido bien. Cuando abandona su blusa blanca y el laboratorio de rayos X de su clínica, para tomar el lápiz y los pinceles en la barraca de «GU», aparece el artista analítico que sabe dar emoción a sus obras, en las horas que le deja libre la ciencia, ha creado producciones de tanto interés como los retratos de los señores Abad, Elizondo, Escobar, etc.

«La Voz de Guipúzcoa», 24-6-36

La Exposición Antológica CARLOS RIBERA ha sido organizada por la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, en justo homenaje y recuerdo al que fue ilustrado crítico y pintor Dr. D. Carlos Ribera, colaborador de nuestra Obra Cultural, a la que prestó en todo momento su aliento y apoyo.

Nuestro agradecimiento a cuantas personas han intervenido en la Exposición y actos de este homenaje:

Aizarna, D. Santiago

Agud Querol, D. Manuel

Alvarez Emparanza, D. Juan María

Aranaz Darrás, D. Francisco

Banús y Aguirre, D. José Luis

Berruezo, D. José

Cobrerros Uranga, D. Vicente

Chueca Goitia, D. Fernando

Garagorri, D. Paulino

García Marcos, D. Juan Antonio

Miranda, D.^a Luz

Munoa, D. Rafael

Rodríguez del Castillo, D. Jesús

y, especialmente, a la señora viuda e hijos de D. Carlos Ribera.

*Relación de las personas que han colaborado con la
prestación de cuadros de su propiedad a la presente
Exposición:*

Sra. viuda de Danoffre

Sra. viuda de D. Ramón Olhson

Sra. viuda de Flórez Salazar

Dr. Jean Paul Beauvallet

M. Maurice Danoffre

M. Louis Laignier

M. Ives Daneau

Sr. D. Manuel Agud

Sr. San Vicente

Sr. Veramendi

Sr. Celaya

para Carlos Ribera



Picasso Paris juillet
M.C.M.XXXII.



Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián